

## ESTETICA E IGLESIA

POR

FEDERICO F. DE BUJÁN

El amor es el motor de la Historia. Aunque a veces la Historia deba explicarse a través del desamor. Por amor se ha hecho todo lo bueno que en este mundo ha sido. Fue el desamor quien ha propiciado que el mal también acampe en nuestra tierra. El hombre se mueve a impulsos del amor... a veces del desamor. A impulsos de su corazón de carne, puro y generoso... o bajo el presagio de su corazón de piedra, perverso y soberbio. Todo lo bueno —y lo malo— del hombre, sale de su corazón. Del fondo de su corazón, de lo íntimo de su ser, de lo más recóndito, oculto y reservado. De su corazón inexpugnable que ningún detector puede penetrar. Del corazón, uno, pleno, integral, absoluto, sin esquizofrenias ni doblez, del corazón que no engaña ni tampoco se deja engañar.

Del corazón —allí donde todo es veraz—, sale el verdadero pensar y sentir... también de allí sale el hacer y actuar. Y, así, el cariño verdadero, ese que sale del corazón sincero, necesita expresar sus sentimientos y dar forma material a sus afectos. De esta forma y por esta causa, a veces el amor necesita manifestarse a través de lo más bello. Porque la belleza puede ser un reflejo, aunque pálido, de la bondad. También la belleza es una manera de expresar la verdad. Con la belleza intentamos —los pobres hombres, siempre tan necesitados de signos externos— expresar nuestro amor, que él para nosotros es la bondad y la verdad. Y, así, con un regalo precioso y bello, también valioso, manifestamos lo mucho que queremos y lo grande que es nuestro amor. Si así nos comportamos en el amor humano, ¿es distinto en el amor de Dios?

¿Es que tenemos dos corazones diferentes, según quien sea el sujeto de nuestro amor?

Durante siglos el hombre intentó presentar a su Dios las más sublimes creaciones del ingenio. Era el amor que rendía culto a Dios. Era el amor que tendía al Amor. Era el amor amando al Amor. La creación ofrecida al Creador. La más bella expresión corporal era ofrecida, como humilde presente, a la Bondad y a la Verdad plenas. Y surgen pueblos, naciones, siglos y épocas, que consagran lo mejor de cada uno, a ofrendar al Señor de todo lo creado, las obras recreadas por los hombres. Y se alzan catedrales, colegiadas, iglesias, capillas, monasterios, abadías y conventos..., con sus fachadas, pórticos, bóvedas, claustros, columnas, pilares, capiteles y retablos..., que son, en inefable expresión artística —expresión corpórea— la manifestación de la fe y la vivencia espiritual de quienes fueron sus mentores y artistas. Y todo el arte y la creación humana, arquitectónica, escultórica, pictórica, musical y literaria..., quiso adorar al Creador.

Sin embargo, esta explosión generosa de esfuerzo e ingenio es indudable que no está presente, al menos en la misma medida, en nuestros días. ¿Es que nuestro tiempo lo preside el desamor? ¿Es que el amor del hombre no tiene hoy como sujeto al Amor? ¿O es que nuestro mundo no siente, como en otros tiempos, la necesidad de expresar a Dios su amor a través de lo bello, por entender que no es ésta la más pura ni acabada expresión de su amor? Creo que la carencia estética en las manifestaciones religiosas actuales tiene distintas causas, quizá complementarias, por lo que no debe caerse en un equivocado reduccionismo puntual.

En primer lugar, es bien cierto que el mundo, desde hace siglos, viene sufriendo un proceso progresivo de pérdida del sentido trascendente de la Historia. El hombre camina en sentido horizontal y en la vida social Dios está menos presente que en épocas pretéritas. Ello ha dado lugar a que el sentimiento religioso haya decaído como fuente de inspiración de los artistas. Pero aun antes de esta actual carencia, el carácter secular de nuestro mundo, ha producido también la desvirtuación del incalculable tesoro artístico con representación sacra, que las generaciones pre-

cedentes nos han transmitido con el mandato ineludible de que seamos meros detentadores durante nuestra existencia y fieles transmisores a su término. No sólo se ha alterado, sino, incluso, a veces, traicionado el fin para el que estas manifestaciones artísticas fueron concebidas y creadas.

Tomando como ejemplo, quizá paradigmático, las catedrales especialmente representativas, es indudable que su destino actual, como lugar de interés artístico y centro de atracción turística, dista mucho del fin originario para el que se construyeron, como lugares de culto, oración y recogimiento. Con pasmosa naturalidad se sustrae, retira, esconde y casi oculta, la presencia en estos templos de su exclusivo Señor, para convertir —mejor reconvertir— su destino en «museos» por los que sus visitantes discurren, incluso sin las elementales limitaciones y cautelas que se exigen en sus homólogos profanos.

Las naves, altares y capillas se transforman, así, en pasillos de tránsito, por los que masas ávidas de contemplación artística buscan el sosiego de su espíritu en la apresurada visión de esas creaciones, sin pararse, siquiera un instante, a considerar la causa y razón de ser de todo lo que admiran y contemplan. Al tiempo, en una pequeña y a veces triste, pobre y lúgubre capilla —la «Capilla del Santísimo», se rotula—, se refugia Aquel que es su exclusivo Señor y aquellos que entran a adorar a Dios en su Casa. Y esto no ocurre sólo en lo arquitectónico, sino que es pauta corriente y práctica generalizada y extensiva a otras manifestaciones del arte sacro.

Se hace preciso, pues, preguntarle a nuestro mundo: ¿Para quién se construyeron las catedrales? ¿Para quién se realizaron los altares mayores? ¿Para quién las capillas absidales? ¿Para quién fueron talladas y esculpidas las imágenes? ¿Para quién los frescos o los lienzos? ¿A quién representan o imaginan? ¿Para quién las patenas y los cálices? ¿Para quién se labraron y bordaron las ricas casullas? ¿Para quién las preciosas custodias? ¿A qué fin se esforzaron los maestros orfebres? ¿Para quién, en fin, los valiosos sagrarios?...

Y aunque resulte inconcebible formular y dar sentido interro-

gante a estas preguntas, lo cierto es que la realidad, en muchos casos, quiere desconocer su respuesta. Parece, pues, que hoy el amor a Dios no se concibe como motor de la Historia. Y el hombre, perdido en parte el sentido trascendente, busca refugio en otros valores del espíritu que puedan llenar ese vacío irrellenable. Y de tanto buscar y buscar, de tanto buscar y marearse, el hombre encuentra y convierte al hombre en el eje y centro de la Historia. Y este nuevo sentimiento invade a los artistas. «Lo hecho por el hombre para el hombre es», parece ser la máxima en el arte de este «nuevo» antropocentrismo cultural que, en un eterno retorno, vuelve a convertir al hombre en medida, causa y razón de ser de todas las cosas.

Y así, salvo excepciones, los museos de arte se llenan de obras en las que lo bueno y lo bello comienza y acaba en el hombre, sujeto, dueño y señor de todo lo creado. Pero junto a este humanismo, a veces racionalista y a veces romántico, que explica el descenso cuantitativo del arte sacro, se hace preciso buscar también una causa al descenso cualitativo del sentido estético en las escasas manifestaciones artístico-religiosas de nuestros días.

En una primera aproximación, quizá haya que encontrar una causa reconducible a la pérdida general de sentido estético en el arte contemporáneo, al menos en muchas de sus manifestaciones. Como una campana de Gauss, rebasado ya su punto de inflexión, la sublimidad del arte desciende, no pudiendo mantener indefinidamente el cénit alcanzado. Sin embargo, concibiendo nuevas formas, el artista de hoy, como el de todos los tiempos, mantiene su tensión creativa, expresando a través de ella su incansable espíritu de búsqueda y el valor permanente inacabado de la creación artística. Ahora bien, es evidente el profundo cambio en los cánones de lo bello, que los artistas contemporáneos tienen en relación con sus predecesores. El arte moderno, y más el llamado vanguardista, busca a veces lo bello, sin que ese sentimiento estético llegue, en muchos casos, más allá de la propia percepción del autor y de algunos expertos e iniciados. Y nuestro hombre contemporáneo, que cada día valora más y aprecia toda representación artística, se siente ajeno, distante y extraño ante la belleza

—para él irreconocible—, que intentan expresar movimientos y escuelas vanguardistas. Lo moderno y lo postmoderno se sitúa, así, en las antípodas de cualquier parámetro de lo bello, con el cual queremos contrastarlo.

Pues bien, creo que de estos rasgos generales participa también el escaso arte sacro de nuestros días. Abundando un poco más e intentando encontrar una causa más profunda, al tiempo que más específica, quizá pueda afirmarse que el creyente, el artista y también la misma Iglesia, han querido, en nuestros días, romper con la tendencia solemne, majestuosa, ritual y grandioso..., y buscar una expresión a la par más sencilla y humilde, más auténtica y pobre...; en suma, más evangélica.

Pero, a pesar de las buenas intenciones, me cuesta creer que los propósitos buscados se hayan alcanzado. Volviendo de nuevo a ejemplificar —como forma de expresar gráficamente una idea—, me resulta descorazonador comprobar cómo, en ocasiones, se utilizan para celebrar la Santa Misa y consagrar —en definitiva, para «posar» el Sacratísimo Cuerpo y Sangre de Cristo— vasos sagrados de escaso o nulo valor artístico y económico: de barro, cerámica o metales no preciosos; mientras que se amontonan, ordenados por estilos y épocas, en cuidadas y protegidas vitrinas, valiosas patenas y cálices, en su condición de piezas de arte pertenecientes a los museos catedralicios.

Decía un autor espiritual enamorado: «Para El, siempre lo mejor. La Iglesia limpia. Los corporales bien planchados. La patena de buen metal. La Madre Inmaculada» (José María Cabodevilla, *Señora Nuestra*, BAC, Madrid, 1963, pág. 12). Quizá, por un bien intencionado despropósito, hemos dejado solamente —no nos hubiera permitido tocarla— a la Madre Inmaculada.

Parece que hoy el mundo ha disociado, en su forma de manifestar el cariño, el amor humano y el amor a Dios. Y aplica a esos amores dos pesas y dos medidas. Y a Dios le ha tocado la peor parte, la medida más pobre. Sin embargo, a pesar nuestro y a pesar del poco aprecio que hoy sentimos y expresamos por esa presencia física, real y tangible, del Dios verdadero en las especies consagradas, El sigue ahí.